ONZA TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

MARZO DE 1946 -- NUMERO 81

TOMA DE VALENCIA

Después de triunfar por segunda vez en La Puerta, Boves marcha sobre Valencia y, el 19 de junio de 1814, formaliza el sitio de la ciudad.

El patriota Escalona, defensor de la plaza, ofrece una prolongada resistencia, pero al fin se ve obligado a capitular.

Los llaneros entran a Valencia y, no respetando las promesas de su jefe, cometen mil desmanes contra la indefensa población.

Escalona salvó la vida gracias a Cajigal, Capitán General de la Provincia, quien presente en la ciudad le facilitó los medios de huir.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 81 CARACAS, MARZO DE 1946 AÑO 8

SUMARIO

PAGINAS FAMOSAS

Mi Delirio en el Chimborazo.. 2

CONCURSO PERMANENTE

Notas Continentales 4

JUAN MONTALVO

por Darío E. Guevara 5

CIENCIAS NATURALES

Para Coleccionar Insectos .. 9

CUENTO PARA LOS NIÑOS DE AMERICA

La Sierra y Martí 12

ESCRITORES NACIONALES

Los Espantos de la Sabana .. 16

FOLKLORE VENEZOLANO

Coplas con Alusiones de Tipo Geográfico 21

NUESTRA PORTADA

El paisaje que luce en su carátula el presente número representa un "Rincón del Lago de Valencia", dibujo que, desde Pirital, en el Estado Carabobo, nos ha sido enviado por su autora la niña María Eulalia García, alumna de 4º grado en la Escuela Federal Rural Nº 3.044.

MI DELIRIO EN EL CHIMBORAZO

por Simón Bolívar.

YO venía envuelto con el manto del iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las Aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y Humboldt: seguíalas audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano del Eterno sobre las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de iris, que me ha servido de estandarte, ha recorrido, en mis manos, regiones infernales, surcado los ríos y los mares y subido sobre los hombros de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor del iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canos del gigante de la tierra? ¡sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía. De repente se presenta el Tiempo, bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades; ceñudo, inclinado, calvo, arrugada la tez, una hoz en la mano...

—Yo soy el padre de los siglos; soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la Eternidad, los límites de mi imperio los señala el infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo vuestro universo, que levantaros sobre un átomo de la creación es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa Verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto en presencia del Infinito, que es mi hermano.

Sobrecogido de un terror sagrado, —¿cómo, ¡oh Tiempo!— respondí, no ha de envanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos, siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí los rutilantes astros, los soles infinitos; miro sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del Destino.

—Observa—me dijo,— aprende, conserva en tu mente lo que has visto; dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del universo físico, del universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; dí la verdad a los hombres...

El fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. Al fin, la tremenda voz de Colombia me llama; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados; vuelvo a ser hombre, y escribo mi Delirio.

CONCURSO PERMANENTE

NOTAS CONTINENTALES

Colaboración Infantil Interamericana

Una de las finalidades de esta revista ha sido la de propender al acercamiento e intercambio cultural entre los niños de América, lo mismo que tratar de llevar hasta ellos el mejor conocimiento de nuestro continente.

Consecuentes con estos principios, hemos abierto un Concurso Permanente en el que podrán tomar parte los niños y jóvenes de todas las naciones americanas.

Las condiciones o bases para este certamen, sólo exigen que las colaboraciones enviadas sean artículos, descripciones, relatos o notas que traten sobre temas interesantes y amenos relativos a nuestros países, sus grandes hombres, su geografía, su cultura, costumbres, etc.

Dichas colaboraciones aparecerán luego en las páginas de nuestra revista, con ilustraciones hechas expresamente para ellas, y la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional de los EE. UU. de Venezuela, concederá a los autores de los artículos publicados, Diplomas de Honor, en los cuales se les acreditará como "Colaboradores Especiales de la Revista ONZA, TIGRE Y LEON".

Cada colaboración habrá de llevar la firma y dirección completa de su autor, debiendo dirigirse el envío en la forma siguiente: **"Onza, Tigre y León", Concurso Permanente "NOTAS CONTINENTALES", Colaboración Infantil Interamericana, —Ministerio de Educación Nacional,— Caracas, Venezuela.**

Entre las colaboraciones que para este concurso nos han llegado, seleccionamos la que a continuación se publica.

JUAN MONTALVO

Condensado de una biografía por Darío C. Guevara. Quito, — República del Ecuador.

HIJO de don Marcos Montalvo y de doña María Fiallos, nació en Ambato, el 13 de abril de 1832, Juan María Montalvo, el gran escritor y patriota ecuatoriano, gloria de América.

Desde niño mostró gran carácter y firme voluntad, y a los siete años ingresó en una pequeña escuela que el maestro Romero regentaba, como único institutor del entonces pueblo de Ambato.

El pequeño Juan siente gran admiración por sus hermanos mayores. Francisco, el primogénito de sus padres, es abogado notable y tiene alto rango en la docencia universitaria y en la vida pública, Francisco Javier se gradúa también de abogado y hace gran papel en la cátedra y en la administración pública. Ambos son hombres de letras y escriben prosas de combate a favor de la democracia que se perfila en el cielo de la patria.

Mariano, Carlos, Alegría, Juana, Isabel, retirados de la opulencia social que ocupan sus hermanos mayores, viven cada cual por su cuenta. Don Marcos, el padre, era hombre de trabajo que en algo dejó asegurado el porvenir de sus hijos.

Juan María, el menor de ellos, tuvo la desgracia de quedar huérfano aún en la edad escolar, y se asila un tiempo en casa de su hermana Juana y otro en la de Alegría.

Don Francisco Montalvo, su hermano mayor, sabía de la excepcional capacidad del niño para el aprendizaje escolar, y de acuerdo con el Dr. Francisco Javier, resolvió enviarle a Quito para que continuara sus estudios. Así el pequeño Juan ingresó al Convictorio de San Fernando, donde su vida transcurrió durante los años comprendidos entre 1846 a 48. Luego pasó al Colegio Seminario de San Luis, hasta mayo de 1851, fecha en que se graduó de Maestro en Filosofía, equivalente al bachillerato de hoy.

Juan lee incansable en las bibliotecas de sus hermanos doctores, aspirando también a ese título. Estudia de continuo, y gracias a su notable inteligencia y prodigiosa memoria, va siempre a la cabeza de sus compañeros de aula. Le atraen y le deslumbran la filosofía y la latinidad, la literatura y la gramática; camino de luces que habría de conducirle a la meta de su celebridad.

Don Francisco Montalvo quiso que la profesión de abogado se extendiera hasta el último retoño de sus padres, y Juan se matriculó y empezó a estudiar derecho. Como el joven era muy pundonoroso, pensó que él mismo debía ayudar en el costo de sus estudios, y así fué como se dió a trabajar de Secretario en el Convictorio de San Fernando.

En ese tiempo Juan Montalvo es ya hombre de sociedades intelectuales, pronuncia aplaudidos discursos, visita a personajes distinguidos, y en silencioso e íntimo retiro, se da a leer sus libros favoritos, porque encuentra poco gratos los textos obligatorios, más le agradan los que se acomodan a su gusto e inclinaciones literarias.

Hasta 1858, Montalvo no encuentra todavía su verdadero camino, y al fin comprende que él no ha nacido para abogado. Se entrega de lleno a los libros de su mayor inclinación, abandona la carrera que seguía, y como la Oficina le roba también mucho tiempo, renuncia al cargo que desempeña y se marcha a Ambato. Allí el ala de la poesía roza su frente y comienza a escribir versos. Estudiaba mucho; pasando a veces noches enteras frente a sus libros, o vagando por las vegas, bajo la oscuridad, con un farolillo encendido; leyendo, estudiando siempre.

Sin maestro alguno, aprende francés, inglés e italiano, llegando así a su deseo de leer a los autores, de esas lenguas, en sus propios idiomas. Escribe artículos amenos y enjundiosos para "La Democracia" de su hermano Francisco Javier, y al fin, cumple sus deseos de viajar por Europa, yendo a París como Agregado Civil a la Legación de su país; y viaja también por Suiza e Italia. En 1860, algo quebrantado de salud,

regresa al Ecuador en momentos en que el país sufría un clamoroso desastre. Tras un caos político tomó las riendas del Estado Gabriel García Moreno, hombre de talento y acción, pero místico y tirano, ante quien se enfrenta Montalvo sugiriéndole derroteros para un gobierno popular y democrático.

Por esta época Montalvo contrajo nupcias con María Adelaida Guzmán, a quien perdió muy pronto. De este matrimonio el escritor tuvo una hija que se llamó María del Carmen.

En enero de 1886 apareció en Quito una revista, propiedad de Montalvo, titulada "El Cosmopolita", en la cual el gran demócrata continuó luchando por el bienestar de su patria. Esta publicación tuvo gran acogida entre los intelectuales del Ecuador y América entera.

Ante los ataques de "El Cosmopolita", García Moreno hizo huir a Montalvo hacia Colombia, donde se refugió en la población de Ipiales; de allí pasó a Panamá y, de nuevo a Francia, con la ayuda de amigos. Vino después al Perú, donde, en vano, trató de publicar sus libros. Desengañado, retornó a Ipiales, lugar en que se radicó, grangeándose la estimación de los colombianos. Don Juan era hombre recto y virtuoso; jamás fumaba ni bebía. En medio de su gran pobreza, sólo se dedicaba a los estudios y a su fecunda labor literaria. Sus mejores obras fueron llevadas a cabo en ese rincón de exilio; allí escribió su "Geometría Moral", buena parte de "Los Siete Tratados" y de "Los Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes" y también muchos dramas. Entre los cuales, en 1873, "El Dictador", pieza teatral en la que se condenaba la actuación del tirano García Moreno; lo mismo que, al año siguiente, "La Dictadura Perpetua".

En 1875, siendo un hecho la reelección del funesto mandatario, los admiradores de Montalvo se conjuraron, y el dictador tuvo su fin muriendo asesinado.

—¡El autor de la "Dictadura Perpetua" es el responsable!—dijeron los legionarios de García Moreno, y el Encargado de la Presidencia pidió a Colombia la extradición de Montalvo; pero ésta fué negada.

Para ese entonces Juan Montalvo era ya un Maestro, y su palabra escuchada en toda América como símbolo de libertad. El gran patriota pedía:

Leyes democráticas; abolición de las dictaduras y los gobiernos de fuerza; limitación a cuatro años del período presidencial; no reelección inmediata de los presidentes; autonomía municipal; derechos de ciudadanía con libertad de cultos; libertad de pensar y escribir, y el reinado de la democracia en todo orden.

Siendo presidente Antonio Borrero, Montalvo pudo retornar a la patria; y en 1876 llegó a Quito, en medio de la aclamación de sus admiradores y partidarios. De nuevo escribió, recomendando al Presidente la convocación de una Constituyente que procurara una Constitución razonable. Pero, Borrero se hizo el de los oídos sordos.

Estando Don Juan en su nativa Ambato, se anunciaba un golpe de estado del general Veintimilla y, a hacerle la oposición necesaria, acudió Montalvo. En efecto, Veintimilla se declaró Jefe Supremo, y Don Juan le hizo saber que la defensa de las libertades ciudadanas reclamaba un triunvirato de civiles liberales y honorables. Esto desagradó al nuevo dictador, quien se fué, poco a poco, encarnizando en represalias contra el escritor; el cual, en 1879, se vió, al fin, obligado a expatriarse, volviendo de nuevo a Ipiales, y de allí a Panamá, donde siguió publicando sus "Catilinarias", que eran látigo de fuego contra tiranos y dictadores. La venta de "Las Catilinarias" produjeron lo suficiente para que su autor pudiera marcharse a Europa; y en 1881, Montalvo volvió a París, y comenzó a publicar sus obras; empezando por "Los Siete Tratados"; que obtuvo la aceptación de las más prominentes figuras de las letras universales. Entonces pudo el escritor llevar una vida mejor y pasearse por otros países de Europa. Además del desahogo económico vinieron los honores y las distinciones meritorias, de la Academia Franco-Hispano-Portuguesa de Tolosa; de Venezuela, que le concedió El Busto del Libertador; de la Unión Literaria Ibero-Americana y de muchas altas personalidades, como César Cantú, Víctor Hugo y otros.

Terminando Veintimilla su período presidencial, de nuevo se proclamó Jefe Supremo, y la revolución armada se alzó contra él, haciéndole huir. Fué elegido Presidente don Plácido Caamaño (1884), quien también se entregó a la funesta tarea de fusilar por todo delito político. Desde Europa, Montalvo contemplaba con amargura a la Patria adolorida. De nuevo la pobreza persiguió al escritor. En 1888 una grave enfermedad le postró en cama. Los médicos opinaron que para salvarle se precisaba la intervención del cirujano. Cuando fueron a aplicarle el anestésico, Don Juan protestó:

—En ninguna ocasión he perdido la conciencia de mis actos. No teman ustedes que me mueva. Operen como si la cuchilla no produjera dolor.

Dicen que la operación duró casi una hora. Hubo necesidad de remover piezas óseas de las costillas, y Motalvo no hizo un gesto de dolor ni profirió una queja.

Don Juan sufría de neumonía purulenta y esta dolorosa enfermedad minaba inexorablemente su existencia.

Un día un amigo llegó a visitarle y se extrañó de hallar al enfermo lívido y, sin embargo, en riguroso traje de etiqueta; como si fuera a asistir a algún importante acto social. Ante la sorpresa del visitante, Montalvo dijo:

—Creo que el traje debe guardar relación con la importancia del momento a que se asiste. Y el paso a la Eternidad es indudablemente el acto de mayor seriedad en la vida de un hombre.

Así, el 17 de enero de 1889, Juan Montalvo dejó de existir. Guayaquil repatrió los restos venerados del Maestro, y Ambato los conserva en mausoleo de honor. Desde su reposo, la gloria del gran hombre fructifica, siempre como surco promisor en tierra fecunda.

—o—

CIENCIAS NATURALES

PARA COLECCIONAR INSECTOS

por Antonio Zulueta.

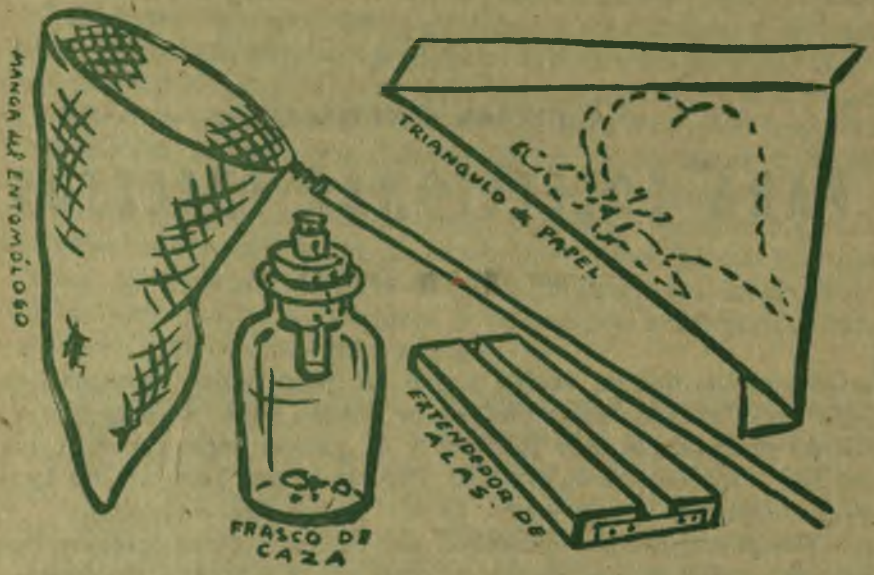
LOS insectos que no vuelan y que son poco ágiles, como casi todos los que viven debajo de las piedras, se pueden coger a veces uno a uno mediante unas pinzas muy flexibles y de puntas anchas, por lo que no aplastan los insectos al sujetarlos. Pero la mayor parte de los insectos hay que capturarlos por medio de la "manga del entomólogo". Para coger mariposas, abejas, caballitos del diablo y otros insectos buenos voladores se emplea una manga de unos veinte o treinta centímetros de diámetro, y hecha de una gasa u otra tela muy fina. Para la recolección de los insectos que viven entre las matas o el follaje de los árboles se emplean mangas muy fuertes y de tela muy recia, con las cuales se golpean las matas o árboles dando de abajo a arriba, a fin de que los insectos caigan en la manga, y luego se van cogiendo de ésta con las pinzas.

A medida que se recogen los insectos es indispensable aislarlos; pues si en un mismo frasco o caja se reuniesen todos los insectos que se van recogiendo, se destrozarían unos a otros. Para guardar en el campo los saltamontes, mantis, grillos y otros insectos parecidos se tienen hechos

de antemano unos cucuruchitos de papel muy grueso, y en cada cucurucho se mete un ejemplar cabeza abajo y se cierra luego el cucurucho, doblando muy bien los bordes de su boca.

Los escarabajos y chinches de campo se van echando en un frasco de boca ancha especialmente preparado, en el cual hay aserrín de corcho con unas gotas de bencina, cuyos vapores matan los insectos. Un tubito, cerrado con un taponcillo, que atraviesa el tapón grande, permite, sin necesidad de quitar éste, echar insectos pequeños dentro.

Las mariposas diurnas se guardan en unos papelitos doblados en forma de triángulos. Las mariposas nocturnas, que tienen el cuerpo grueso y las alas relativamente cortas, se guardan una a una en cajitas. Los insectos así recogidos, antes de ponerlos en colección necesitan ser preparados, operación delicada que exige mucho primor y paciencia.



En general, los insectos se preparan atravesándolos con alfileres especiales. Las mariposas y caballitos del diablo se atraviesan por el tórax y se les extienden las alas, sujetándolas en la posición debida, mediante unas tiras de papel, en el aparato extendedor. Los escarabajos y saltamontes se atraviesan con el alfiler por el élitro derecho. Si son muy pequeñitos, pueden sujetarse con una gotita de goma a un pedacito de cartulina, que luego se atraviesa con un alfiler.

Todas estas operaciones son fáciles de hacer con insectos recién muertos; pero luego ya no, porque se ponen rígidos y quebradizos. Para

reblandecerlos hay que colocarlos en una cámara húmeda, que se puede improvisar poniendo en un plato arena algo húmeda, cubierta con un papel poroso, sobre el que se ponen los insectos secos, y tapándolo todo con otro plato. De este modo, al día siguiente suelen los insectos estar ya reblandecidos a punto de poderse preparar.

Preparados los insectos, se le pone a cada uno debajo, en su propio alfiler, un papelito muy pequeño con el lugar y fecha en que fué cogido y el nombre de la persona que lo cogió, y luego se los guarda en cajas especiales que tienen el fondo de material muy blando para poder clavar los alfileres, y cuya tapa puede ser de vidrio para que se vean los insectos sin necesidad de abrir la caja. Para evitar que los insectos guardados se apolillen, es muy eficaz poner en el fondo de las cajas abundante naftalina en polvo.

Las larvas de los insectos deben guardarse en alcohol de 70 grados. Se pueden poner las de cada especie en un frasco aparte, o también en un tubito de vidrio lleno de alcohol y tapado con un algodón, y luego un cierto número de estos tubitos en un frasco grande con más alcohol y bien tapado. Esta última forma es la más práctica.

Si es atractivo e interesante recoger insectos y formar con ellos colecciones, lo es más todavía el observarlos en vivo y estudiar sus costumbres. El hacerlo no es tan difícil como pudiera creerse: es cuestión de mucha paciencia y de un poco de sagacidad; no se necesitan complicados aparatos; no son indispensables conocimientos especiales, pues tan variada es la vida de los insectos, que casi es preferible observarla como si uno nada supiese, dispuesto a aprenderlo todo de la Naturaleza misma. Así lo hice en cierta ocasión con unos escarabajitos que viven en la retama, y he conseguido criarlos en cautividad hasta obtener biznietos de los que cogí primero: tengo estos insectos en unos vasitos de vidrio, tapados con una gasa; en el fondo de los vasos hay un poco de tierra, y cuido de renovarles continuamente las hojas de que se alimentan; cuando ponen huevos, llevo éstos a otro vasito que no tiene tierra y allí, cuando han nacido, doy de comer con especial cuidado a las larvillas, y cuando conozco que se van a transformar en ninfas las llevo a un tercer vaso con tierra, en la que se hunden y allí se transforman en ninfas, y al cabo de unos días salen otra vez a la superficie en estado de insectos perfectos.

Este aspecto vivo de las Historia Natural interesa mucho a los niños y sobre todo a los maestros que viven en el campo. Así, de la observación de la vida de los insectos, es que han surgido las maravillosas descripciones del célebre naturalista francés J. H. Fabre, tan llenas de encanto y de novedosa realidad.

A. Z.

LA SIERR

por la escritora cu

CUANDO el alba había apagado ya las luces de las estrellas y los focos de los cocuyos, la sierra se llenó de ruidos. Eran pasos pesados de personas mayores y leves pisadas de niños, que cruzaban en apretados grupos. Apenas comenzaba el trinar de los pajarillos y, las flores silvestres, temerosas de sentir frío, no se decidían a desarrollar completamente sus pétalos. Nada más los aguinaldos por dar la sensación de que durante la noche había nevado, iban abriéndose, con lo cual extendían sobre las hierbas empapadas de rocío blanquísimas alfombras cargadas de perfumes que eran como una mezcla de jazmín, mirra, vainilla e incienso. El cupey, el paguá, la palma corta y espinada, la pomarrosa y el café cimarrón, a pesar de que ya el horizonte comienza a teñirse de una bella franja donde se disuelven para fundirse todos los colores que componen el arco iris, no se agitan al beso de la brisa con la alegría que la plenitud presta. Se diría que hay pena escondida entre las fibras de los troncos, entre las hojas. Y hasta un curujey, prendido a un jobo, siempre a la expectativa de todo caminante sediento, parece haberse olvidado de su misión de cantinero.

Y MARTI

Fanny Crespo.

De improviso se oyó un correr torpe, un aletear apresurado, y Gus, el ganso del sitiero Juan Estanislao, apareció en el extremo de un trillo, con el pico abierto, dejando escapar graznidos desagradables. Los ojos le centelleaban de ira por haber tenido que escapar asustado. En la espesura de los maniguales ladraba implacable un perro.

—¿Qué te ocurre, Gus?.. —preguntó una débil voz que partía de la hendidura de una rama seca.

—Es ése; Chucho; ese perro sarnoso. Todavía regreso y le pico las patas... Ya él verá si después se atreve a venir a molestarme con ladridos... —respondió Gus.

La animita, pues era un "aguacero" **(luciérnaga, gusano de luz)** quien le había interrogado, hizo un gesto que expresaba inconformidad y suspiró.

—Gus —dijo al fin;— hoy no es día de ejecutar venganzas. ¿No sabes que estamos a 28 de enero?

—Y a mí ¿qué me cuentas con eso?—Contestó Gus ásperamente.

—Es cierto, Gus. Tú desconoces la solemnidad de la fecha. Hoy se celebra un aniversario más del natalicio de Martí... Eres un ignorante, Gus; pero podrías aprender cuanto quisieras porque todavía eres muy joven.

—Es que yo no permito que se mofen de mí en el propio pico, ni menos que se me ladre bravuconamente. No le tolero amenazas a nadie. ¿Sabes?.. Y a ese perrucho sarnoso y hambriento, a ese sato roedor de huesos, le odio a muerte.

—¡Odiar a muerte!.. Pero Gus, escucha: el odio fué condenado al infierno por Martí, un hombre que era como Dios vivo... Tenía la frente alta y las pupilas profundas... ¿No has visto las rosas blancas que cultiva en su jardín la hija del compadre Pancho?

—Sí. ¿Y qué?.. —Interrogó a su vez ya algo amostazado el ganso que era bruto y por lo tanto terco.

Pues bien, Martí siempre cultivaba en su corazón rosas blancas, porque las amaba tanto como a Cuba. Y cuando hallaba un amigo sincero, leal, bueno, le obsequiaba de estas rosas, y si algún

ser humano le hacía daño, respondía a su maldad (fíjate bien en esto); entregándole en prueba de perdón, la rosa que le había quedado. Rosas que de tan lindas parecían estrellas.

Gus graznó más fuerte. No encontraba en su lenguaje de ganso, términos con los cuales expresar su sorpresa. Experimentaba una gran curiosidad por conocer algo más sobre aquel sujeto que nunca había dado cabida al odio, que no podía sentirlo, que igualaba al amigo y al enemigo en su interés idéntico por ellos, con su enorme caridad divina...

—Veamos —pudo decir al fin sonrojándose bajo su cubierta de suave plumaje.— ¿Quieres explicarme quién fué ese ser humano distinto a los demás? Pues los hombres acostumbran causarse daño los unos a los otros. Se producen mal mutuamente con cierto goce, con alegría que no disimulan... Nunca he oído chismes ni murmuraciones acerca de él... Es posible que ni exista ni haya existido, y sean cuentos inventados por tí. ¿A que por aquí nadie más le conoce?..

—Chits; no te expreses en esa forma... El dagame, que da la flor más fina, amada de la abeja; la jatía, el ateje, de copa alta y menuda; el caguairán, el júcaro, el almácigo, de piel de seda; la jagua, de hoja ancha; la henchida güira, el jiqué duro, el jubaban de fronda leve cuyas hojas, "capa a capa vuelven raso el tabaco"; la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha, de tronco estriado y abierto en ramos recios cerca de las raíces; el caimitillo y la yamagua, aún la desventurada guásima, le conocieron. El paseó su vista por sobre todos ellos y luego apuntó en una página, rápidamente, cuanto acabo de decirte... por eso la sierra no podrá olvidarlo nunca. Fueron cosas muy bellas las que hubo de escribir en su Diario de Campaña.

Revoloteaba un sun-sun y se detuvo. Escuchó la charla y después intervino en la conversación:

—Nosotras también, las avecillas de los campos, le conocimos y respetamos su memoria.

Y un sinsonte que iba rumbo a su nido, se expresó de esta suerte:

—En la sierra no hay un ave que no le recuerde. El escuchó extasiado el rumor que partía de nuestros nidos. Luego dijo que la música de la selva, era suave, como de finísimos violines.

Y habló a su vez un jilguero que así como un pitirre, un toití, un cardenal y varios más de otras especies, cesaron de buscar insectos entre las hojas de la hierba, para atender al interesante asunto que se estaba tratando.

—Para MARTI, en nuestra campiña, de noche; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima, es la mirada del son flúido.

Y una hoja de caimito añadió:

—El preguntaba, ¿qué alas rozan las hojas?.. ¿qué violín diminuto y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas?..

Cruzó raudo un pétalo de rosa que venía de muy lejos, trasladado por las alas del viento mañanero. Mas antes de alejarse dijo:

—La danza de almas de hojas, que presentía en la oscuridad densa de la noche, le obsesionaba, y deseaba descubrir el sentido de aquella danza.

—Era nuestro y lo queríamos. Era imposible no quererlo... —añadió una mariposa.

Aparentemente despreocupado, como indiferente a cuanto no fuera la labor que realizaba, tocado con su gorro frigio, rojo como los rubíes orientales, símbolo de la libertad, y su uniforme a pintas negras y blancas, un carpintero volvió la cabeza y miró de soslayo con esa forma peculiar en el artesano que abandona el trabajo por algún motivo. Entonces se dejó de escuchar el tac-tac un poco molesto de su pico que iba labrando en el hueco de un tronco de palma, un nido para su futura familia y sentencioso dijo:

—MARTI supo apreciar a los artesanos y no vaciló en hacer pública su estimación. Prueba de ello es que afirmaba: "Los trabajadores no son ya un rebaño turbulento y sudoroso, sino un ejército de caballeros".

—¿A un artesano, a un carpintero como tú, lo tenía él en caballero?.. —interrogó incrédula una bijirita.

—Sí. Porque él decía: el que no trabaja, abjura, y mientras más tenga de arte un oficio, más hace caballero al artesano.

—Es preciso honrarle y cada vez más y más —exclamaron a la vez las hierbecillas, los árboles y los pajarillos.— Y amamos a los niños porque para Martí, ellos son la esperanza del Mundo.

—Y ahora, Gus...; ¿cómo piensas ahora?.. —Inquirió la animita.

Gus graznó, movió con fuerza sus pesadas alas con las que impulsaba sus primeros pasos al andar, como para marcharse. Pero inmediatamente después, quizás por única vez en su vida, el ganso conmovido se expresó con extrema dulzura:

—Yo también —aseguró con firmeza,— amaré a los niños, no picaré sus pantorrillas, no haré caso de sus diabluras, y perdonaré a Chucho. Procuraré ser bueno por complacer a vuestro MARTI.

F. C.

LOS ESPANTOS DE LA SABANA

Tomado de la novela "Cantaclaro", de Rómulo Gallegos.

ESGUAZA un río, vadea un caño y otro y otro, atraviesa las duras terroneras de los rebalses ya secos, cruza un banco de sabana y en llegando a una mata, ya al caer de la tarde, rompe el hondo silencio del paraje con su canto solitario:

Mata del Anima Sola,
boquerón de Banco Largo,
ya podrás decir ahora:
aquí durmió Cantaclaro.

Era un bosque de samanes centenarios cuyas amplias copas entrelazadas, no dejando pasar los rayos del sol no consentían matorrales rastreros y por entre cuyos troncos se extendían umbrosas naves de soledad y silencio, propicias a la conseja del ánima en pena que por allí vagara. No obstante lo cual y apenas concluída su copla, a poco de haberse internado, oyó que le decían:

—Salú, Florentino.

—Salud, amigo —respondió, sin saber a quién, deteniendo la bestia y mirando en derredor.

Y como no acertase a descubrir quién le hubiera dirigido la palabra ya se entregaba a pensar que aquel saludante invisible fuese el propio duende que le daba nombre al sitio, cuando su cabalgadura y su remonta lanzaron trémulos relinchos, a los cuales contestó otro de un caballo arrendado al tronco de un samán, y volvió a escucharse la voz:

—Aquí, Florentino: entre los palos, como los monos. Por si acaso el tigre. Alzó la cabeza y descubrió dos chinchorros colgados entre las ramas del árbol a cuyo tronco estaba sujeto el caballo, cubierto uno por un mosquitero que no permitía distinguir a quien lo ocupase y en el otro un hombre sentado, péndulas las canillas cubiertas de barro seco.

—¿Tan temprano y ya durmiendo? —interrogó, todavía sin saber quien fuese aquel que parecía conocerlo.

—Al compañero se le atarrilló la bestia y además le pegó la calentura —explicó el desconocido, refiriéndose al del mosquitero—. Un caraqueño que no está acostumbrado a estas tierras.

—¿Y usted el baquiano lo está sacando de ellas?

—Sí, señor. Crisanto Báez es mi apelativo y en el hato de Las Maporas me tiene a su mandar —respondió, saltando del chinchorro y acercándosele...

Puesto que allí había de pernoctar, Florentino resolvió quedarse en compañía de aquellos hombres; mas para dar ocasión a que se lo propusieran, fingió de este modo:

—Dígame, Crisanto. Usted que es baquiano de por aquí. ¿Qué distancia habrá a las casas más cercanas?

—¿Cantaclaro preguntando dónde se halla? —repuso el baquiano, que a malicioso no se la ganaban fácilmente—. De aquí a las casas más cercanas no echa usté menos de seis horas. Y camino malo: puro sartenejal. Yo, como usté, pernoctaba aquí. Digo: si no le disgusta la compañía.

—Todo lo contrario.

Pues desensille y cuelgue y asina seremos tres pa los por si acaso...

Florentino se apeó del caballo, sacó de la capotera el chinchorro y mientras procedía a colgarlo:

—Vamos a ver si nos deja dormir tranquilos el Anima Sola que y que se aparece de noche por aquí. Porque, la verdad sea dicha, de todos los espantos de la sabana, con el que menos ajuste tengo es con esa mujercita rezandera que llaman el Anima Sola.

—¿De veras? Pues yo con la que no me transo es con la Llorona —confesó el baquiano—. Allá por la laguna del camino se aparece una, que a diez leguas se le escucha el quejido...

Se interrumpió al oír que el caraqueño reía y luego concluyó en tono zumbón:

—Manque dicen los que han leído que eso de los espantos son cuentos de camino... ¿Qué dice usté a eso, Florentino?

Y éste, en el mismo tono y mientras se ocupaba en desensillar su caballo:

—Que yo no sé leer, pero me escriben...

—¡Ah Florentino resbaloso! Tiempo hace que deseaba toparme con usté. Con el Florentino de carne y hueso, que ya estaba por creer que no existía, de tanto oír mentar a Cantaclaro en todas partes.

—Pues creí que usted me conociera personalmente.

—¿Porque lo saludé por su nombre de pila cuando entró en la maita? Voy a explicarle. Allá por los lados donde yo vivo, cuando se oye cantar una copla güena; como todas se las endilgan a usté, es costumbre decí: "Escuchen a Florentino". ¿Me entiende el sentido? Además usté mismo se mentó en denante por el apodo que le dan. Que por cierto no es muy bueno eso de ir uno regando su nombre por el camino.

—También es verdad, viejo. Tengo esa mala costumbre.

—¿Y ahora paonde va rumbiando? Si no es curiosidá.

—Para los llanos de Barinas.

—¡Ajá! Por ahí y que se está haciendo famoso un cantador nuevo. ¿Va a emparejarse con él?

—Dicen que el hombre tiene más coplas que palos el monte tupido. Pero la diligencia se hace.

—¡Güena será esa porfía! Yo quisiera escucharla.

—Lo mejor del caso es que, según cuentan, no es propiamente un hombre, sino el mismo Diablo en figura humana, pues y que las maracas con que se acompaña se quedan impregnadas del olor de azufre.

Y guiñándole el ojo al baquiano, concluyó:

—Eso dicen. Por si acaso la risita...

Pero ya el enfermo se había incorporado en el chinchorro y asomándose fuera del mosquitero intervino en la conversación, afirmando bruscamente:

—Y usted lo cree.

Era un joven aniquilado por el paludismo, de rostro macilento y ensombrecido por una barba negra y revuelta. El fuego de la fiebre que lo consumía, visible en el fulgor de los ojos cavados, le daba un aspecto delirante.

—¡Salud, amigo! —díjole Florentino, desatendiendo a lo oído por lo visto, que era verdaderamente deplorable—. ¿Cómo se siente?

Pero él insistió, sin hacer caso del saludo:

—Usted lo cree y de nada le valdrá convencerse de la realidad humana de ese cantador, porque junto con la explicación natural de los motivos que hayan dado origen a la superchería, puede usted admitir la absurda, sin que una y otra se excluyan ni se estorben. Así como tampoco hay ningún inconveniente para que el baquiano sepa, según me lo ha explicado hace poco, que el murmullo que se oye en esta mata al anochecer es producido por los innumerables enjambres de aricas que en estos árboles forman sus colmenas, y crea, al mismo tiempo, que lo produce el ánima en pena que recorre este paraje rezando...

Se interrumpió bruscamente y volviendo a meterse en el chinchorro, concluyó:

—Pero le estoy fastidiando demasiado... Cosas de la fiebre...

El sol de los araguatos arranca reflejos de bronce nuevo a los troncos de los samanes y contempla la ilusión de bosque metálico el pesado reposo de la mata en la tarde sofocante. Un aire sin transparencia flota sobre la sabana, empañando las perspectivas. Hay un silencio macizo que llega hasta el horizonte...

Pero las palabras del baquiano, murmuradas a media voz, le hacen de pronto un hueco de resonancia inquietante:

—¡Aguaite, compañero!

Florentino mira hacia donde le indica, boquete de la mata hacia la brumosa lejanía de la sabana donde acaba de suceder una sencilla cosa extraordinaria, como lo es toda aparición viviente en el desierto, y a su vez murmura:

—¡Umjú! Ahí viene el perro...

El caraqueño vuelve a incorporarse fuera del mosquitero y mira hacia el acontecimiento con febril curiosidad.

Pero es un perro vulgar, manso, triste de sarna y de hambre, cuyo aspecto en nada corresponde a la entonación agorera de las palabras que lo han anunciado. Se detiene un momento en la linde de la mata, receloso de la presencia de los hombres y luego se decide a atravesarla, haciendo un rodeo previsivo.

El caraqueño, defrauda su expectación de lo extraordinario, sigue al can con mirada displicente y murmura, como quien trata de extraerles a frases que lo intrigan el sentido enigmático que puedan encerrar:

—"Ahí viene el perro"... "Anoche me salió el tigre". ¡El perro! ¡El Tigre! Y no simplemente un perro o un tigre. Y dirigiéndose de pronto a sus compañeros, quienes entre tanto han estado comentando su monólogo con recíprocas miradas maliciosas, los interpela:

—¿Por qué hablan ustedes así? · ¿A qué misteriosa porción del pensamiento acerca de las cosas que los rodean, corresponde esa tendencia a deformar la realidad, empleando las palabras como ustedes acostumbran? No fué un tigre cualquiera el que se le apareció anoche al baquiano, pues ya me ha confesado que al designarlo "el tigre" le parece haber dicho más y se queda más satisfecho; pero si en el caso de la fiera se explica la forma enfática como necesidad, muy llanera, de exagerar la aventura, en el de este pobre perro debe haber algo más. ¿Qué ha visto usted, Florentino, en ese infeliz animal inofensivo y vulgar? ¿Qué ve, habitualmente para que lo designe "el perro" y no un perro?

Y como a todo esto sonreía el cantador, mientras lo escuchaba con la extrañeza que tenía que causarle, concluyó amoscado:

—¿O es que ha querido hacerme creer que se trata de uno determinado y misterioso, de un duende que bajo esa forma acostumbra aparecerse por estos sitios y a esta misma hora, tal vez?

—¡Un momento, caraqueño —repuso Florentino—. Eso será lo que usted se habrá figurado por su cuenta y riesgo. Pues por lo que voy viendo, usted como que se espanta de las palabras.

—Porque las palabras son los espantos de la sabana. Usted lo ha dicho y ya se me venía ocurriendo. No sólo por el sentido enigmático que adquieren de la manera con que, al emplearlas como lo hacen, deforman ustedes la realidad, sino porque ellas mismas y cualesquiera que sean, resultan inquietantes por estas soledades. Hace poco le advirtió el baquiano que no es bueno "ir regando uno su nombre por el camino" y estoy seguro de que no se refería solamente al peligro de que por ello pudiese identificarlo algún posible enemigo emboscado. ¿Verdad, Crisanto?

—Usté que lo asegura, caraqueño. Su boca sea la medida...

El silencio vuelve a adueñarse de la mata. Los troncos de los samanes arden un rato en la luz bermeja del sol rasante. Luego se apagan, se quedan como más inmóviles y así los encuentra y los cobija la noche.

FOLKLORE VENEZOLANO

COPLAS CON ALUSIONES DE TIPO GEOGRAFICO

por R. Olivares Figueroa.

COMO indicamos en nuestra colaboración precedente, al hablar de coplas, hay una modalidad —que no es privativa nuestra; sino de origen español; y a la que no son ajenas las naciones hermanas del Continente,— de coplas, por algunos denominadas "geográficas"; pero que, en gran número de casos, contienen sólo alusiones a ríos, ciudades, etc., sin que den noticias de particularidad alguna que las haga merecedoras de tal aprecio, apareciendo el nombre citado como un accidente, y no en el sentido sustancial que podría exigírseles. Tal es la razón de que, en esta nota, se les llame alusivas a hechos geográficos, y no "geográficas", propiamente. Debemos advertir que las primeras —abundantes en España— tienen valor documental, porque ilustran sobre el carácter de lo que se dice, resumen sus excelencias, o bien constituyen enumeraciones de todo aquello que les da carácter. En otras ocasiones, se limitan a exponer un hecho que se relaciona con lo aludido de manera que lo singulariza o hace objeto de especial atención. Ciertas coplas geográficas establecen comparaciones para destacar tipismos, ventajas de un lugar, región, etc., relacionándolas con otros; o bien aluden al carácter de sus habitantes, medios de vida, costumbres, etc., tendencias de Geografía Humana.

Muy curiosas nos parecen estas modificaciones de la "canta" popular y, desde el punto de vista de la Cultura, muy estimables, lamentando que aún en Venezuela, por su ostensible juventud histórica, no cuente con un repertorio más expresivo. En efecto: las referencias que en nuestra copla criolla pueden hallarse en esa dirección no parecen satisfacer nuestras solicitudes; falta, generalmente, la descripción, la enumeración, la síntesis, el rasgo que caracteriza o establece similitud, cotejo o diferencia con cualquier manifestación de tipo geográfico-físico, político, económico, tradicional... Pero, como "lo mejor es enemigo de lo bueno", según expresa un viejo refrán, hemos de contentarnos con lo que tenemos, en espera de que la inspiración popular de nuestros compatriotas añada el resto.

Como ejemplo de lo que existe en el exterior, transcribiremos esta verdadera "copla geográfica", incluída en la "Geografía de España" de Moreno Espinosa, texto popular en la educación del país materno:

"Tres cosas hay en Orense
que en otra parte no se hallan:
el santo Cristo, la puente
y la "burga", hirviendo el agua.

en que la palabra entre comillas hace referencia a unos yacimientos de agua termal, conocidos por este nombre. Nada, hasta el momento, parecido en alcance, hemos podido obtener en Venezuela; aunque consideramos elocuente, como revelación de una pasada era de fecundidad en la ciudad larense de la copla cuanto dice tocante a una tradicional climatología frustrada o a otras condiciones agrícolas:

"¡Ah mundo, cuando era mundo,
y que en mi Quíbor llovía:
que si piedras se sembraban,
hasta las piedras nacían!".

De todos modos, no nos parece fuera de lugar el intento de reunir aquí algunas, conocidas, en que, al menos, hay alusiones nominales de tipo geográfico; ya que, por asociación de ideas, se pudiesen recordar otras, y aun dar pábulo a la imaginación popular para, en tal sentido, aguzar la inventiva; pero no sin que ponderemos la gracia de algunas de ellas, su tipismo criollo, su ironía y tono festivo, reflejo de nuestro hombre nativo:

No hay ciudad como Caracas
ni samán como el de Güere,
ni villa como San Carlos,
dígalo quien lo dijere.

Acarigua cogió un indio
y Guache lo sentenció;
Morador dice que muera,
y Portuguesa que no.

Puerto Rico no es tan rico,
ni Apure tan "Apurao";
Bajoseco no es tan seco
como lo han "ponderao".

Aguacate de Trujillo,
plátano de Boconó;
el que la debe, la paga,
y el que no la debe, no.

Me puse a colear un toro
para demostrar mi brío;
el toro se hallaba en Coro,
y yo en Valencia. "escondío".

Pasó por Ciudad Bolívar
una mula rebuznando..
Por el llano'e Calabozo,
"manece" el gallo cantando.

¡Ay Cumaná, quién te viera
y por tus calles "pasiara",
y a San Francisco se fuera
a misa de madrugada!

Las muchachas de Valencia
me llaman el "arrojao",
porque me le meto a un toro
con trapo "colorao".

Tengo una lanza en Arauca
con un cubo de platina,
y terciada a la cintura,
una Santa Catalina.

La guacharaca de Apure
le dijo al pájaro-baco:
"Empréstame tu candela
para encender mi tabaco".

La iguana y el mato de agua
se fueron al Orinoco:
la iguana no volvió más
y el mato de agua tampoco.

Carabobo no es tan bobo,
ni aros he visto en Aroa;
Garcitas no tiene garzas
ni hay chivos en Chivacoa.

Bailadores es la gloria
y La Grita el primer cielo;
Táriba es el purgatorio
y Lobatera el infierno.

Bailadores, el infierno;
La Grita es el purgatorio;
Táriba es el primer cielo
y Lobatera la gloria.

Está lloviendo en Caracas
y en La Guaira lloviznando;
dicen que el mundo se acaba,
pero no sabemos cuándo.

Las muchachas de La Emilia
"tan" usando fantasía;
camisón de cuatro pesos
y la barriga vacía.

En Caracas "taba" yo
cuando llegó el baratillo:
cuatro muchachas por medio;
nueve viejas un cuartillo.

Cabezón de Coro, dicen
sabiendo yo allí nací:
aunque Cabezón me digan,
en Coro quiero morir.

De Apure me venía yo
y comiendo maíz "tostao";
con el ruido de las muelas,
se me alborotó el "ganao".

Este Verano que viene
me voy para Portuguesa
a buscar un terecay
que tenga la concha gruesa.

Yo no soy de por aquí,
que soy de Barquisimeto:
"naide" conmigo se meta,
que yo con "naide" me meto.

Recuerdo que te dí un hijo,
San Rafael de Atacama,
que, con el tiempo, ha de ser
"cantaor", como su taita.

En el camino de Ospino
me dijo Visitación:
—Cuando el marrano está gordo
tiene rabo é chicharrón.

San Felipe es buena tierra;
pero no para vivir;
Puerto Cabello y Valencia,
para "dentrar" y salir.

Nadie sabe por aquí
lo que está pasando en Cagua;
como no sabe ninguno
cuando bebe el pez el agua.

En la cabeza e' los negros
se señalan caminitos:
unos cogen "pa" Cariaco
y otros para Cariaquito.

El anillo que me diste
se me cayó en El Limón;
me boté, a cogerlo, al río,
y saqué tu corazón.

¡Pobre e' mi burrita mansa,
que tiene el lome "pelao",
de cargar tanta cebolla,
cebolla el río Macarao!

Al fin me veo en Caicara,
para llegar a Piacoa;
aquí boto mi curiara
y me compro, una canoa.

No doy a nadie el saludo,
en Mapire y en Maitaco,
porque me pica el zancudo
y después me pongo flaco.

Echa guarapo, muchacho,
que el guarapo, está sabroso,
porque le metió la mano
un indio de Calabozo.

Castillo e' Puerto Cabello,
sepultura de hombre vivo;
donde se amansan los guapos
y lloran los "afligidos".

R. O. F.

FLORA VENEZOLANA

LA CONOPIA

(Renealmia occidentalis)

ESTA zingiberácea es planta herbácea que crece en los lugares sombríos de las selvas, (los tallos altos hasta de 2,50 metros), las hojas sesiles, ovales y puntiagudas, los tallos floríferos naciendo del rizoma en la base de los anteriores y alcanzando una longitud hasta de 1 metro, las corolas amarillas, las cápsulas globosas, de color escarlata. Es planta aromática, cuyos frutos desprenden un hedor nauseabundo y contienen en su pericarpio un tinte morado; el cual se emplea para marcar sacos y colorear trabajos de cestería, la planta también tiene usos en medicina casera.

FAUNA VENEZOLANA

EL GALLITO DE MONTE

(Psophia crepitans)

LLAMADO también "Trompetero" en Guayana, por su sonoro y fuerte grito, el cual se puede escuchar a largas distancias. El Gallito de Monte se reúne en grandes bandadas hasta de doscientos individuos y vive siempre entre los bosques. Es muy fácil de domesticar, y entre los gallineros de los nativos de esas regiones del Orinoco se le encuentra a menudo entre las aves de corral. Su vuelo es muy pesado; cuando la bandada se ve precisada a volar a través de un río de cierta anchura, muchos Gallitos se tiran al agua en la mitad del vuelo, para alcanzar a nado la otra orilla. Es de buena carne como ave de caza. Coloración: Cabeza, nuca, alas, lomo, cola y toda la parte de abajo, negro, con excepción de algunas plumas de la nuca, coloreadas de verde y brillo metálico púrpura. Su longitud total es de 50 centímetros, y vive en Venezuela, Guayanas y región Amazónica.